

AMBROSIO, EL ENANO

Ambrosio nunca pudo crecer, lo más que llegó a medir fue un metro con cincuenta y siete centímetros de estatura. Y no sucedió esto por desnutrición como sucede a muchos niños, no qué va, si algo tuvo Ambrosio fue buena comida y abundante. El padre de él, Kurt, de origen alemán, era alto, rubio y fornido. La madre era nortea, también alta aunque no tanto como Kurt, pero sí mucho más alta que su hijo. Ellos se dieron cuenta desde que el niño iba a primaria de que era el más bajo del salón. Lo llevaron con médicos, con nutriólogos pero esto de nada sirvió. Ambrosio continuaba chaparro. El padre empezó a sospechar que Ambrosio no era de él, pues además de chaparro era prieto, la madre juraba y juraba que sí era suyo. Y ella no mentía, Ambrosio sí era hijo de Kurt. Ya tranquilos después de un año de pleitos decidieron buscar en el árbol genealógico de cada familia. En la de Kurt no encontraron chaparros y menos prietos. En la de Agustina, la madre, si encontraron algún primo chaparro y moreno, pero era muy lejano. Cuando el joven, que ya lo era, entró a la preparatoria, también como el más bajo del salón, los padres se dieron por vencidos. Su hijo será por vida corto de estatura y oscuro de piel. Qué se le va a hacer, decían, Dios sabe porque hace las cosas. Claro que ninguno de los dos estaba contento

pero ni modo de andarlo gritando por todos lados. Diciendo la frase de Dios quedaban bien con todos, hasta con su propio hijo. El padre fue el primero que le dijo enano cuando tenía como cinco años, como una gracia, después se lo dijo la familia, el apodo corrió y se implantó en la escuela y con los años en todo el mundo lo conocían así, como el enano. Lo que nadie sabía, pues Ambrosio lo ocultó a todos, hasta al psiquiatra que fue consultado por los padres, es que odiaba con toda su alma ese apodo. Cada vez que se lo decían, y se lo decían todos los días, era como si le dieran una patada en salve sea la parte. Enano por aquí, enano por allá, enano trae esto, enano dónde estás, enano pon atención, cómo te va enano. Y si ustedes piensan que se molestaba por lo que significa la palabra, están equivocados. Ambrosio sabía que tenía poca estatura y eso no le importaba nada o casi nada. Tenía una novia un poco más alta que él, en la escuela iba muy bien en sus estudios, practicaba deportes. Lo que le molestaba de lo de enano era la palabra en sí. Él no escuchaba enano, él escuchaba el ano. Y eso de que lo llamaran a uno ano como que no. Ano por acá, ano por allá, ano trae esto, ano dónde estás, ano pon atención, cómo te va ano. A todos les pedía que le dijeran chaparro, o chapis si le tenían cariño o pigmeo, o trasgo, o diminuto o pulga si querían, pero no ano. Claro que él no les decía ano, les decía enano. Todos se reían, le decían que sí y continuaban diciéndole enano: enano por acá, enano por allá,

enano...Pensó modificar el apodo haciéndolo diminutivo o lo contrario, pero era contraproducente. Ahora le iban a decir anito o anote. La única solución era crecer. ¿Pero quién crece después de los treinta años? El enano, perdón, Ambrosio, ya había cumplido los 34 y aún permanecía soltero. Terror le daba casarse con alguna mujer que cariñosamente le dijera: ven a mis brazos enano, o cómo te quiero enanito de mi vida. No, mejor permanecer soltero. Por supuesto que preguntó a los médicos sobre las posibilidades de tener unos cuántos centímetros más. Todos le dijeron que nanay, que no hay tu tía, que se iba a quedar pegado al piso por secula seculorum. Fue cuando ideó lo de los zapatos. Mandó hacer varios pares con tacón, no exagerado, pero tacón al fin y al cabo. Por dentro de los zapatos puso plataformas. Entre estas dos cosas logró subir siete centímetros. Ya pasaba el uno sesenta, ya era normal. Feliz asistió a a su oficina, orgulloso caminó por todos los pisos de la dependencia del gobierno donde trabajaba. Era otro. Ese otro no duró nada, creo que ni un día. Los amigos y conocidos le decían que notaban algo raro en él, que qué sería. Él se ponía a caminar para que lo vieran. Y sí, dijeron todos, parece que creciste un poco, enano. Ah que enano éste, quién iba a creer que ibas a ser más alto a tu edad. Te felicito enano. Nos vemos. Y todos siguieron diciéndole enano. El siguiente paso fue enfrentarse con todos. No soy enano, les decía, los enanos deben tener estas características para serlo, y las enumeraba, yo sólo

soy una persona baja de estatura. ¿Te queda claro José, o Raúl o quién estuviera frente a él? ¿Te queda claro, repetía? Por supuesto enano, me queda muy claro. Usó unos días tapones para no oír el apodo pero tampoco escuchaba lo demás y así no podía trabajar ni nada de nada. Tuvo que quitárselos. ¿Ya oyes bien, enano?, le preguntaban. Hay gentes que se vuelven obsesivas con algo, con la limpieza, por ejemplo. La obsesión de Ambrosio era el apodo. No quería ya levantarse para no oírlo. Lo último que hizo fue decirle la verdad a todos los que le dijeran eso. Eran muchísimos pero no importaba. A todos les fue diciendo el daño que le hacían al nombrarlo de esa forma. Todos le dijeron, perdónanos, enano, no lo sabíamos. En su velorio que se celebró al día siguiente de su suicidio sus amigos dijeron, qué pena que se haya muerto el enano, era vaciado.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

FEBRERO 2006